

Del rito traductológico: una década exitosa

Oscar Gamboa

Escuela de Idiomas Modernos



Oscar Gamboa, panelista graduando, expone sus impresiones sobre las bondades de las semanas del traductor y del intérprete vividas en su etapa de formación en la EIM

Entre todos los ritos y acontecimientos que tienen lugar en la Universidad Central de Venezuela —vaya nombre cuya enunciación parece un rito en sí—, existe un espacio de encuentro y diálogo que conjuga palabras, estrellas y mitos de las cuatro esquinas del mundo: la *Semana del Traductor y del Intérprete de la Escuela de Idiomas Modernos*. Este espacio de mil caras, que ahora cuenta con una década de edad, ofrece una ventana a un mundo de transformación y constante renovación: la traducción y la interpretación de lenguas.

Se trata de un cruce interdisciplinario, y, naturalmente, interlingüístico, que da la oportunidad a los estudiosos de la traductología de indagar sobre el pasado, presente y futuro de su quehacer y orientar a la comunidad universitaria sobre las actividades que permiten, nada más y nada menos,

el intercambio de conocimiento y palabra entre países de idiomas diferentes. Una de las excelsas palabras que podemos atribuir a esta semana es la variedad de sus actividades; entre conferencias, conversatorios, paneles, talleres, simposios, mesas redondas, concursos de traducción y conocimientos de lengua extranjera, recitales y pare usted de contar —en varios idiomas—, cada asistente encuentra un amplio espectro de posibilidades de acercamiento a la danza de las lenguas: bailarines hay, y para todos los gustos.

Como espacio de encuentro e intercambio, la Semana del Traductor y del Intérprete posee una gran dimensión lúdica cuyo peso es invaluable. Desde las anécdotas del conferencista sobre la mejor traducción para “naguará” en idiomas extranjeros o su experiencia en interpretación de negocios dentro de una piscina, hasta el concurso en que cinco estudiantes deben dar con una traducción adecuada para cinco lenguas —mundos— distintas, las actividades de este marco parecieran desfilan y mostrar lo que tienen y ofrecen como las delegaciones que llegan a los Juegos Olímpicos. Es precisamente este carácter lúdico el imán principal de esta semana. Imán que no atrae a todos los metales, lamentablemente, pues, como expresó al respecto la profesora de traducción Ainoa Larrauri en este panel, Una década exitosa, “pocos la valoran”. Y es precisamente el carácter lúdico y liviano de esta semana el que debería llamar a la comunidad eimista entera a acercarse a la magia del rito y celebrar décadas pasadas con miras a futuras décadas exitosas.

Si de algo nos puede enseñar la Semana del Traductor y del Intérprete, lejos del ejercicio de lectura académica que en ocasiones hasta al estudiante de Idiomas Modernos pesa, es de la historia que a todos alude: la historia de la traducción e interpretación de lenguas. Desde la Malinche y su simbología hasta las bases de la traductología, la historia de estas disciplinas es clave para el entendimiento de su funcionamiento actual y del intercambio cultural de nuestros días. Todos podemos intuir la importancia de la traducción. No obstante, conocer, entre otras, su función literaria y divulgadora, y tomar conciencia de que “un autor extranjero es la suma de todas sus traducciones pasadas, presentes y futuras”, como retoma el poderoso Jean Delisle (2003, p. 224) citando a Markowicz, es un verdadero trago de inspiración para el traductor profesional y el traductor en formación.

Huelga decir que esta semana nos enfrenta a numerosas reflexiones. Un encuentro con miradas múltiples que han venido, en los espacios de Humanidades, en los ahora llamados “moribundos” Galpones de Idiomas Modernos y en el edificio Trasluz, de estudiosos renombrados como Daniel Gile (2011) y Amparo Hurtado Albir (2012) hasta estudiantes cuyo nombre aún no figura en libros de traductología, pero cuyas palabras y miradas pueden asomar un pequeño o inmenso aporte al futuro de la comunidad eimista y su labor (aquí me atrevo a escribir, todas las Semanas del Traductor y del Intérprete). De igual manera, el eimista y el público general pueden encontrar sorpresas inesperadas. Muchos de los que hemos asistido a la Semana del Traductor y del Intérprete desde 2007 no dejamos de sorprendernos de su carácter azaroso e impredecible; tanto una charla fresca sobre el amor cortés o la traducción de canciones como el título de una conferencia pueden convertirse en futuros temas de tesis o campos de trabajo. En cuanto al público asistente, en esta ocasión se puede conocer desde futuros tutores de tesis hasta los mejores jefes o colegas, y, ¿por qué no?, se han visto casos — dicen por ahí— en que el amor de su vida puede estar sentado oyendo cómo el eimista Daniel Casanova habla de la interpretación en la ONU (2011) o cómo Xosé Castro Roig tradujo el guión de la película Matrix para el mundo hispanohablante (2007).

Retomar palabras y procedimientos pasados para mostrar al asistente de la Semana del Traductor e Intérprete lo que asoma el futuro, es lo que le otorga a la misma su carácter de rito, de conmemoración y celebración. Es una ocasión para elevar lo que hacemos con la palabra y el pensamiento, para encontrarnos con sus raíces, elevar la traducción y la interpretación al plano transformador y determinante que tienen en el flujo de conocimientos. Y es que como dice el escritor y filósofo martiniqueño Édouard Glissant (2002, p. 46) en *Introducción a una*



Oscar Gamboa es felicitado por una de sus compañeras de clase luego de su participación en la X Semana del Traductor

poética de lo diverso y como se lee aquí por cortesía del traductor Luis Cayo Pérez Bueno: “Toda traducción, en su origen, sugiere, por la traslación que hará de una lengua a otra, el estatuto soberano de todas las lenguas del mundo”. Es un rito en conjunto, pues, de alabanza a la traducción y la lengua, que da un giro positivo al estudio, pues si bien, como dijo Jennifer Lugo en nuestro panel, y como muchos eimistas hemos sentido, el traductor y el intérprete parecen estudiar *ad infinitum*, esta semana nos ofrece una oportunidad de acompañarnos. Le da un giro lúdico y fresco a la reflexión eterna sobre la lengua y los viajes lingüísticos.

Dicho esto, digamos con seguridad que celebrar la Semana del Traductor y del Intérprete es continuar indagando sobre una de las grandes manifestaciones de lo humano: la creatividad, pues como dice nuestro sabio Glissant, “el traductor inventa el lenguaje que necesitamos para pasar de una lengua a otra, como el poeta inventa un lenguaje en su propia lengua”. Asimismo, y léase, tradúzcase e intérpretese bien, esta actividad nos sitúa en la indagación sobre el conocimiento, la lengua y su usuario: el ser humano. La reflexión en torno a la lengua y el cuidadoso juego de sus impredecibles cambios de forma es la reflexión sobre lo que somos, y con esto dejamos que cierren Glissant y su traductor con palabras de poder religioso para una semana religiosa:

La traducción, arte de la levedad y del roce, es una práctica del rastreo. Contrariamente a la limitación absoluta del ser, el arte de la traducción contribuye a agregar la respectiva extensión de los seres y de todas las existencias del mundo. Rastrear en las lenguas es rastrear en lo imprevisible de nuestra, de aquí en adelante, común condición (2002, p. 46).

Bibliografía

- Delisle, J. (2003). “La historia de la traducción: su importancia para la traductología y su enseñanza mediante un programa didáctico multimedia y multilingüe”. Trad. A.M. Salvetti. *Íkala* vol. 8, N° 14.
- Glissant, E. (2002). *Introducción a una poética de lo diverso: lenguas y lenguaje*. Trad. L.C. Pérez Bueno. Barcelona, España: Ediciones del Bronce.